

LOS DÍAS CUANDO LLUEVEN PIEDRAS

Muestre músculo o desaparezca. Ese parece ser el ingrediente clave. El Salvador es un país en el que se protesta poco o bien un país en el que a pocas protestas sociales se les hace caso. Aquellas de las que se sabe, aquellas que aparecen en las portadas de los principales medios, en los resúmenes de los más vistos noticieros, son las que muestran músculo, las que se meten al ring de decir no a ciertas políticas públicas. Y esa negativa muchas veces se acompaña de piedras, de cócteles molotov, de muertos en algunas ocasiones. Las asociaciones de vendedores informales del Centro Histórico del país son las que durante más tiempo, desde hace 20 años, han logrado lo que quieren, seguir donde están, en las calles. Esas asociaciones tienen un poderoso músculo.

Óscar Martínez

periodista.oscar@gmail.com

Cronista salvadoreño de 27 años. Ha trabajado en México y Centroamérica durante los últimos cuatro años el tema de la migración indocumentada y el crimen organizado. Sobre esto ha escrito en las revistas *El País* (España), *CIPER* (Chile), *Gatopardo*, *Día Siete* y *Proceso* (México). Fue corresponsal en México del diario digital *elfaro.net*, y su cobertura terminó en el libro de crónicas *“Los migrantes que no importan”* (Icaria, 2010). Ha cubierto en Estados Unidos, Irak, México y Centroamérica. Ejerce desde los 17 años y durante cinco años laboró en medios impresos salvadoreños, cubriendo conflictos sociales en El Salvador. En 2008 fue galardonado con el Premio Nacional de Periodismo Cultural Fernando Benítez (México), y es Premio de Periodismo y Derechos Humanos de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas de El Salvador (2009). Ha recibido el Premio Internacional de Periodismo La Huella de la Trata (2009), el segundo lugar en el Premio de Periodismo y Migración (El Salvador, 2009), patrocinados por organismos como Naciones Unidas y Human Right Watch y el tercer lugar en el premio latinoamericano de periodismo de investigación otorgado por el Instituto de Prensa y Sociedad en 2010. Ha sido antologado en el libro *“Crónicas de otro planeta”* (Editorial Debate) y el libro de crónicas de violencia en Centroamérica *“Jonathan no tiene tatuajes”* (UCA Editores).

Él los fue a saludar por el día de la madre, de noche, casi de madrugada los fue a saludar. Por eso, ellos lo fueron a saludar por el día del padre, bajo la luz del sol, en plena tarde lo fueron a saludar todos ellos. Así le llaman los líderes de vendedores informales del Centro: saludo. Y desde aquel 18 de junio, desde hace un mes, saludados los unos y los otros, nadie ha vuelto a desalojar un puesto del Centro de San Salvador.

El saludo de ellos empezó a manera de marcha, de protesta callejera. Pero poco duró esa modalidad. A solo dos cuadras de donde empezaron a caminar, justo sobre la avenida Juan Pablo II, se detuvieron. Entonces empezaron los fuegos artificiales. Tres autobuses de transporte público y cuatro *pick up* del Ministerio de Saludo ardieron en llamas. No eran de la Alcaldía, pero estaban a la mano. Cócteles molotov volaron, cócteles molotov chocaron, cristales estallaron, vehículos ardieron. Empezó el gesto de respuesta para Norman Quijano, el alcalde de San Salvador.

Dos grupos más, similares en número al primero, se activaron muy cerca. Frente a la Alcaldía zumbaban las balas que los policías lanzaban para asustar a los 100 vendedores que se agolparon alrededor del edificio. A solo cuatro cuadras, en la calle Arce, el otro equipo de comerciantes informales caminó a paso firme y dejó huella en las puertas, paredes, cristaleras de los negocios formales que encontró a su paso. El grupo se atrincheró casi en la intersección con la Juan Pablo II, casi junto al equipo que inauguró el saludo. Rodearon a los policías y agentes municipales.

Entonces, una lluvia de piedras se cernió sobre el Centro Histórico de San Salvador. Sobre los policías, sobre los comercios, sobre los vehículos. Y la neblina del gas lacrimógeno policial enrareció el ambiente mientras la tormenta, tan típica de esta zona de la capital, arreciaba.

Los peatones se resguardaron como pudieron. Bajo los carros, en los porches de los comercios, en las esquinas de las calles. Los negocios bajaron las persianas de metal. La lluvia de piedras duró tres horas. Saludados unos y los otros, todo terminó.

Hubo 20 lesionados, hubo 36 detenidos y varias calles tapizadas de escombros y cristales rotos. Y los vendedores se fueron por donde salieron, osea que no se sabe por dónde.

Desde aquel 18 de junio de 2010, desde aquel día cuando otra vez llovieron piedras, nadie ha vuelto a desalojar un puesto del Centro de San Salvador.

Feliz día de la madre

Iban preparados para la tormenta y no llovió. Aquella noche, casi madrugada del 9 de mayo, un día antes del día de la madre, 800 policías y miembros del Cuerpo de Agentes Metropolitanos (CAM) fueron con lo que hay que ir a los alrededores

del Parque Infantil cuando se va con esas intenciones: rodilleras, cascos, chalecos, hombreras y escudos. Estaban convencidos de que lloverían piedras.

Cuando se dieron cuenta de que el pronosticado chaparrón no cayó, se lo tomaron con calma. Durante siete horas custodiaron a los empleados municipales que desmontaron los 138 puestos de ventas que ocupaban las aceras de esa cuadra de la Juan Pablo II.

Había tornillos oxidados, tornillos que llevaban más de cinco años soportando las estructuras de lámina, las casuchitas improvisadas bajo las que de día se desgañitaban los hombres y mujeres que anunciaban sus dulces, sus verduras, sus películas piratas. Había tornillos que más que destornillar hubo que arrancar.

Al día siguiente, *La Prensa Gráfica*, el principal diario impreso del país, dedicó unas líneas extrañadas por lo mismo que los 800 hombres blindados se habían extrañado frente al Parque Infantil: “No hubo quema de llantas ni cierre de calles, todo lo contrario, la acción fue pacífica”. No llovieron piedras.

Algunos líderes vendedores acusaron a Vicente Ramírez, presidente de una de las organizaciones de informales más poderosas del Centro. Lo acusaron de aquella paz. De siete horas de paz. Lo acusaron de tener “buenas relaciones” con la Alcaldía.

A las 24 horas, Ramírez se presentó frente al Parque Infantil junto con 50 vendedores. En lugar de los puestos, unos barriles azules y rellenos de tierra alojaban unas incipientes palmeras. Cinco periodistas rodearon a Ramírez y él dijo que el alcalde era arbitrario, que los mercados no son alternativa y que los vendedores responderían.

A su alrededor, 30 agentes del CAM, ya sin hombreras, cascos, rodilleras ni chalecos, correteaban a la cincuentena de vendedores que tumbaban los barriles. Eso fue todo.

Un día después, Ramírez y Quijano, el alcalde, se encontraron en la Alcaldía. Todo estaba pautado y los periodistas pudieron fotografiar a un Ramírez cansado, fofo, con pronunciadas entradas de calvicie y enfundado en una camiseta desmangada cuando estrechaba la mano de un impoluto alcalde repeinado y con camisa blanca ante la mirada de unos cincuenta vendedores.

“¡Qué regalo de la madre nos fue a dar, alcalde!”, reclamó María Contreras, una de las desalojadas del Parque Infantil. Decidieron que se reunirían para ver qué podían acordar. Y luego, cada uno por su cuenta, pusieron cuesta arriba ese acuerdo hipotético ante los medios. Ramírez dijo que los mercados no; Quijano dijo que los mercados sí.

Lo del Centro es así desde hace años. Unos proponen edificios y los otros proponen la calle. Unos, los mercados; los otros, las aceras. Unos dicen que es su responsabilidad como Alcaldía la de reordenar; los otros que es la suya como

vendedores la de sobrevivir. Así, desde hace 15 años, entre apretones de manos y lluvia de piedras. La diferencia es que unos siguen en las calles. Por meses más, por meses menos, pero siguen ahí y no en los mercados.

Al día siguiente, Quijano advirtió que se vendría otro desalojo, sobre la misma avenida, la Juan Pablo II, a la altura de la zona de hospitales. Al día siguiente, Quijano regaló unas canastas con arroz, frijoles y cereales a los desalojados. Dos días después 200 vendedores marcharon hacia la Asamblea Legislativa a pedir que los diputados mediaran entre ellos y la Alcaldía. Al día siguiente, Quijano aseguró que el partido de izquierda, sus oponentes políticos, estaban detrás de la marcha. Al día siguiente los vendedores liderados por Ramírez dijeron que se acabó el diálogo y bloquearon unas horas la Juan Pablo II. Dos semanas después Quijano anunció que desalojaría las ventas de otra calle, de la Arce. Al día siguiente, los vendedores quemaron cinco llantas en la Juan Pablo II. Y al siguiente día hicieron una marcha más, unas 200 personas. Durante los siguientes siete días por fin nadie dijo ni hizo nada.

Pero un día, la mañana del 11 de junio, el director del CAM telefoneó al comisionado policial del Centro. Todas las mañanas se telefonan para contarse lo que hay, para “darse parte”, dicen ellos. Esa mañana, Gilbert Cáceres le dio un parte interesante a Gersan Martínez. Ese día se venía algo.

Más bien fue la madrugada del día siguiente, cinco días antes del día del padre, cuando aún con luz de luna unos 700 agentes cumplieron las palabras del alcalde y desmontaron, como días antes frente al Parque Infantil, las chozas que rodeaban los hospitales de Maternidad y Rosales. El golpe fue más duro: 278 estructuras desarmadas.

Con los primeros rayos de luz empezaron a llegar los primeros ocupantes de los puestos que ya entonces eran escombros. Y reclamaron a gritos que qué pasaba, que no les quitaran el sustento, que si se los quitaban no respondían y que de ahí solo muertos los quitaban.

No muertos, pero si aporreados, o aporreadas mejor dicho, porque la mayoría eran vendedoras que llegaban a preparar tortas y pupusas para los albañiles madrugadores, los agentes del CAM retiraron de los escombros a sus dueñas. Unos cuantos más llegaron y quemaron algunas llantas e intentaron desatar una tormenta, pero se quedó en llovizna de piedras. Y hubo siete detenidos y a la hora liberados. Y hubo 20 heridos, pero leves. Todo leve. No hubo tiempo en la madrugada para organizar a las organizaciones de vendedores y no les quedó de otra que ver cómo los municipales terminaban de rellenar de tierra los barriles y de incrustarles esas pequeñas palmeritas que más parecen retoños débiles que nunca germinaron bien.

“¡Soy capaz de todo, hasta de matar, óigame bien, hasta de matar!”, gritó un vendedor al jefe del CAM que llegó por la mañana a supervisar. Pero los policías lo alejaron y el jefe del CAM, como si nada, continuó su camino.

El segundo desalojo grande de ventas ocurrió en el Centro en el lapso de un mes y apenas cayó una llovizna de piedras. Nada en comparación con los chaparrones de costumbre. Incluso, dijeron días después dos agentes del CAM, que el principal problema fue espantar –ese verbo escogieron– a las ratas del tamaño de gatos que salieron de debajo de la broza y a las cucarachas del tamaño de puños que no se amedrentaban con un simple zapateo.

Uno de los movimientos sociales más poderoso del país, el de los vendedores informales, el de los que se toman las calles del Centro de la capital como mercado, el que aglutina a la viejita que vende tomates y al empresario pirata que distribuye, antes que Hollywood, cualquier película que Hollywood parió, se mostró de capa caída. En un mes, dos golpes. En un mes, más de 500 de sus asociados, que se asocian para que nadie los mueva, fueron removidos.

Feliz día del padre

Aquella extraña piedra rodó por debajo del portón como una gota de agua rueda por el cristal de un carro en movimiento. Con rapidez modificaba su trayecto mientras rodaba cuesta abajo en el cuartel del CAM.

Lo que alertó a los tres agentes que esa noche conversaban en el parqueo fue la perra flaca, La Chucha del CAM le dicen, que corría con la cabeza gacha ladrando a la piedra. Para su suerte, la chucha se giró con rapidez cuando se escucharon unos pasos al trote que se alejaban del portón, por la parte de afuera. La chucha se fue ladrando.

La extraña piedra se estacionó a unos 15 metros de los tres agentes, a la par del autobús rojo para minusválidos que el Ayuntamiento de Barcelona regaló a la Alcaldía de San Salvador.

Entonces, el estallido. El autobús se levantó del suelo unos centímetros y los cristales de uno de sus lados explotaron. La extraña piedra se fragmentó en decenas de pedacitos escupidos con fuerza que se incrustaron en los brazos y piernas de los agentes Salvador Castellanos, Ever Rivas y Briseida Juárez. Los demás, que dormían en las literas, salieron a ver el desbarajuste que los despertó.

Las granadas M67 son como manzanas, más bien como manzanas pequeñas y con tallo grande y curvado hacia abajo. Un tallo con hoja. Las granadas M67 casi siempre son de color verde olivo o café tirando a marrón. Cuando a las granadas M67 se les retira el alambrito que hace de seguro solo queda una palanca, el tallo con hoja, que cuando se suelta funciona como percutor y activa una mecha que tras unos cinco segundos hará que la granada estalle y fragmente su cobertura de metal, haciendo que los pedacitos vuelen hasta 200 metros. Una granada M67, de noche y rodando, fácilmente puede confundirse con una piedra.

Por la mañana, seis horas después del estallido, el alcalde Quijano dijo que todo se debía al desalojo de la zona de hospitales, el desalojo ocurrido 24 horas antes del granadazo. Esa fue una acción de los vendedores, solo dos días después del día del padre, dijo Quijano.

Mientras revisaba el cuartel destartado, Quijano dijo que se trataba de un “comando urbano” formado por vendedores. Y también dijo que era una lástima, porque todo fue orquestado por unos cuantos líderes que comerciaban con el apoyo de la gente humilde que vende en el Centro. Y dijo además que no le importaba, que no le daba miedo, que en la capital manda la Alcaldía. Y antes de irse dijo que se vendrían más desalojos de las calles del Centro. Y se fue.

Los periodistas también se fueron, porque Pedro Julio Hernández, otro de los líderes de vendedores informales del Centro, tenía que decir su parte. Y su parte acusaba a la Alcaldía de haberse “auto-atacado” con la granada para desprestigiar a los vendedores. Y exigió que se investigara al alcalde Quijano. Y pidió que “Dios no lo permita ni el alcalde empuje a que se tenga que derramar sangre de gente pobre, humilde del país”. Porque, dijo, no toleraría más desalojos.

Más tarde, Quijano repitió que ya se había dialogado suficiente y que los desalojos continuarían esa misma semana. Punto.

Al día siguiente, el 18 de junio de 2010, lo que empezó como una marcha de dos cuadras dio paso a los fuegos artificiales, a los carros quemados, a la veintena de heridos, a las balas, a los 36 arrestados, al saludo de ellos en respuesta al saludo de él. A una copiosa lluvia de piedras que finalmente, tras días y días de amagar, se cernió una vez más sobre el Centro de San Salvador.

Desde aquel 18 de junio cuando otra vez llovieron piedras, nadie ha vuelto a desalojar un puesto del Centro de San Salvador.

Los hacedores de tormentas

Las tardes en el Centro de San Salvador son más calurosas que en los alrededores. Será por la aglomeración de personas que caminan, venden, compran; o quizá por la agitación de andar por ahí, moviendo la cadera para poder pasar entre las ventas, los vendedores y los compradores; o tal vez solo se trata de un efecto psicológico producido por la imagen de tanta gente apiñada, tanto humo expelido por los buses, tanta lámina calentándose al sol; el caso es que en el Centro se siente más calor.

Alrededor del predio Ex Biblioteca, las aceras están reducidas a la mitad o incluso tomadas por completo. Los peatones caminan por las calles y la algarabía de los 250 puestos que rodean la manzana del predio es un sonido constante que se funde hasta que es difícil distinguir uno de otro, aislar un ruido como solo ese ruido. La

señora grita sus tomates, el vendedor de películas piratas recita los nombres de los estrenos y repite, reduciendo la palabra, que son una ganga: “ibara, bara, bara!”. Dos películas por una cora –25 centavos de dólar–. Y el escape del bus y el claxon del bus y el cobrador del bus que se desgañita colgado de la puerta, delante de otro bus, atrás de otro bus. Todo eso más una permanente y aguda voz de mujer, forzada para ser tan chillona, que dice, sin que se comprenda, qué comida vende y luego dice palabras cariñosas a gritos, como mi amor, corazón, papacito, cosita. Todo eso junto, un sonido enlazado al otro, componen el grito constante del Centro.

Según datos de la Alcaldía de San Salvador, 1,5 millones de personas transitan cada día por el Centro, porque 4,800 buses pasan por ahí, por esas 60 cuadras a las que se llama Centro Histórico.

Adentro, en el predio Ex Biblioteca, una plaza que más parece estacionamiento y que alberga 400 puestos, hay un pequeño cuarto a la par de los baños públicos. Dentro del cuarto descascarado y de colores pálidos, hay siete hombres y dos mujeres. Los hombres visten sencillos, con camisetas blancas y pantalones negros, con zapatos de vestir desgastados o que parecen hechos de cartón, con el pelo al ras. Solo uno de ellos, el más regordete, viste una ajustada camiseta sin mangas y con pequeños agujeritos por toda ella. La camiseta de un equipo de baloncesto de alguna liga de muy poco presupuesto y profesionalismo. Lleva un roído pantalón de tela azul marino y zapatos deportivos blancos en su origen, renegridos ahora mismo, y con erupciones en diferentes puntos del forro. Las dos mujeres visten pantalones vaqueros azules, blusas sin nada que las particularice y delantales, unos enormes baberos atados a la cintura y con cinco bolsas donde poner monedas, billetes si hubo suerte, pero sobre todo monedas. Están sentados en círculo, con una silla en el centro igual que las demás, de plástico blanco. Son los principales líderes de vendedores informales del Centro y de algunos municipios cercanos, como Apopa, caracterizado por sus furiosas marchas de vendedores que en más de dos ocasiones han atacado a balazos la Alcaldía. El flaco de cara compungida y voz metálica es Pedro Julio Hernández; el regordete de la camiseta con agujeritos es Vicente Ramírez. Ellos son los más famosos líderes de todo el Centro. La silla vacía es para mí.

Ayer llamé a Pedro Julio, para iniciar la ronda de entrevistas con él. Hoy vine a verlo a él, pero decidió juntar a todo el pelotón. Durante tres años, entre 2003 y 2006, ellos fueron una de mis principales fuentes de cobertura cuando trabajé en un diario impreso. En una ocasión publiqué datos policiales y de la Alcaldía que hablaban de sus actividades ilícitas y entonces, por medio de indirectas (“Si llegás al Centro tal vez te cae una piedra del cielo. Nunca se sabe”) me sugirieron no volver. Hoy que nos reencontramos parece que todo quedó atrás.

– ¿Entonces, camarada? – pregunta Pedro Julio

– Les voy a lanzar la hipótesis – le contesté.

Yo le había hablado a Pedro Julio por teléfono sobre un planteamiento, sobre una idea que ronda mi cabeza y que constituye, según he seguido su trayectoria, el éxito de estos líderes que siguen, como cuando los frecuentaba en 2004, con la misma cantidad de puestos en la calle bajo su control. En 2004, el censo municipal reveló que había entre 18,000 y 20,000 puestos informales en el Centro. Hoy día el censo revela lo mismo.

– Me parece que su éxito como organizaciones se debe a que la Alcaldía y la Policía saben que si se pasan de la raya ustedes pueden armar un soberano desbarajuste en la ciudad. Por eso, a diferencia de la mayoría de movimientos sociales del país, tienen éxito; o sea, en su caso, siguen en las calles.

Resuena una risa colectiva en la salita. Destaca la risa metálica de Pedro Julio, la risa de un robot con ronquera.

– La estrategia de choque es necesaria, pero solo cuando es necesaria.

– Desde que los conozco han pasado tres alcaldes en la capital, siete planes de reordenamiento de las ventas informales del Centro y unas, eché cuentas ayer, 25 protestas que han terminado con lesionados y destrucción en las oficinas de la Alcaldía a causa de lluvia de piedras.

– Es que muy seguido se hace necesaria la estrategia de choque.

– ¿Cuándo?

– Cuando el diálogo se rompe –interrumpe Vicente.

– Pero si ahora mismo hay diálogo. Ayer estuve con el jefe de la Oficina del Centro Histórico y tiene fotos de ustedes en la Alcaldía en una reunión de trabajo la semana pasada.

– Es que el diálogo no ha sido satisfactorio. Ellos quieren imponer su modelo de mercados y solo nos llaman para la foto.

– ¿Y ustedes qué quieren?

– El diálogo es urgente, pero un diálogo real.

– ¿Y eso qué significa?

– Es que nosotros no somos causa, somos efecto –vuelve Pedro Julio – y antes de atacar el efecto, que solucionen las causas.

Esa es una especie de eslogan que ha creado. Solo esta semana, tres medios impresos del país reprodujeron la frase de Pedro Julio. Uno de ellos la ocupó de titular para su entrevista. La frase tiene razón, pero crea un silogismo muy conveniente.

Tiene razón en que la mayoría de los ocupantes de esos 18,000 puestos son producto de un país donde el 14% de la población no sabe leer ni escribir, donde el

promedio de escolaridad del país es de sexto grado y 34 de cada 100 salvadoreños están subempleados, con menos del sueldo mínimo, y siete de cada 100 salvadoreños no tienen empleo. Un lugar donde el 37.8% de los hogares son pobres y de esos, el 12% es extremadamente pobre. O sea, que no alcanza los 44.33 dólares que cuesta la canasta básica individual en la ciudad o los 27.86 que cuesta en el campo. No llegan.

Según Pedro Julio, antes de reubicar a los vendedores informales en mercados, la Alcaldía y el Gobierno deberían arreglar dos inconvenientes: el desempleo y la pobreza de El Salvador del que ellos son efecto.

Bajo esa lógica, cualquier política pública del mundo se la vería a palitos para ser justificada. Antes de perseguir a los vendedores de animales exóticos, antes de prohibir las talas de árboles en zonas restringidas, antes de perseguir a los curanderos, magos y chamanes que tratan con cualquier mejunje a enfermos desesperados y de cerrar los locales que venden carne de perro en lugar de la de res que anuncian en el menú, habría que solucionar la pobreza y el desempleo del mundo. Antes de combatir las miles de formas ingeniosas, pero ilegales, que la pobreza pare por necesidad del pobre, habría que eliminar la pobreza misma.

Pedro Julio siempre ha sido muy bueno en crear argumentos. En crear eslogan.

Él es el presidente de la Asociación del Predio Ex Biblioteca y Vicente es el presidente de la Coordinadora Nacional de Vendedores, que aglutina a varias organizaciones, entre ellas una de la que él también es presidente, la Asociación Nacional de Trabajadores, Vendedores y Pequeños Comerciantes. Pedro Julio tiene un puesto de películas pirateadas alrededor del predio que casi nunca atiende él. Vicente tiene un puesto de cigarros a bajo costo (por vencidos, por pirateados, por robados, por lo que sea) que tampoco atiende casi nunca. Su puesto está alrededor de la iglesia El Calvario, un verdadero mercado callejero de más de 800 puestos informales y donde por excelencia trabajan los activadores de celulares robados.

A ellos dos les han llamado mafiosos. A Vicente le han preguntado en entrevistas si es el “Padrino del Centro”. La policía los vigila. Creen que Pedro Julio es uno de los grandes productores de piratería cinematográfica y musical en el Centro. Vicente ya estuvo preso acusado de terrorismo por una ley ya derogada. Pasó solo cuatro meses por falta de pruebas, pero la Fiscalía pedía 60 años para él, acusado de orquestar la protesta de vendedores informales de Apopa el 10 de febrero de 2006 que terminó con un camión de la Alcaldía y otro vehículo quemados. Y claro, una ensordecedora tormenta de piedras sobre el tejado municipal. Con relámpagos y todo, con cócteles molotov.

Vicente, en aquella ocasión, dijo que cómo era posible, que él llegó casi al final de la manifestación y que las cámaras lo filmaron tranquilo, sin tirar ninguna piedra ni levantar un garrote. La Policía y la Alcaldía dijeron que para esos menesteres él tiene su grupo de choque al que convocó para no resultar él filmado haciendo el trabajo sucio.

– Pero no solo se trata de armar soberanos desvergues – retoma Vicente la conversación en el cuartito descolorido del predio.

– ¿Ah, no?

– No, para nada. Mirá la evolución de las cosas. Los deschongues (las protestas) tienen una razón de ser, no se trata de ir a tirar piedras porque sí. Primero llegamos a las mesas de diálogo y planteamos nuestra idea. No les gustó a los señores de corbata de la Alcaldía. Entonces, nos hicieron un desalojo, el del Parque Infantil, aquel bonito saludo que nos dio el día de la madre. Va, seguimos protestando, marchamos pacíficamente, fuimos a pedir mediación a los diputados. Nos hacen un segundo desalojo, el de la zona de hospitales. Ok, entonces la gente, los vendedores, empiezan a exigirte como líder que cumplás. Entonces es que fuimos nosotros a saludarlo con aquel desvergue de Dios padre, para devolverle el saludito. Pero mirá lo que hicimos ayer, la marcha pacífica hacia Casa Presidencial, un evento hermoso, sin precedentes, niños y mujeres marchando para pedir la mediación del presidente Mauricio Funes. Una vez lanzados los mensajes, retomamos el diálogo.

Ayer, justo un mes después del granadazo en el CAM, el 13 de julio, Vicente y Pedro Julio se vistieron de blanco al igual que otros 8,000 vendedores informales del Centro y de otros municipios del país. Los dos líderes se enlazaron de brazos y rodeados en la vanguardia de la marcha por niños, viejitas y mujeres, marcharon desde las calles del Centro hasta la Casa Presidencial.

Antes de entrar a la casa, Vicente y Pedro Julio, al igual que los demás líderes que los acompañaron, fueron puestos en posición de X contra la pared y registrados por policías encapuchados. Pusieron gesto de víctimas y aparecieron fotografiados en los dos principales medios impresos del país.

Adentro los esperaba Francis Hasbún, secretario de asuntos estratégicos de la Presidencia. Ellos le expusieron sus razones. Pedro Julio tomó la palabra y dijo lo de la causa y el efecto. Y también dijo que ellos ya son “patrimonio cultural” del país, y que su propuesta de inmediato plazo era que los reordenaran en los mismos lugares que ya ocupan, la calle. Que en los mercados no se vende y que es posible hacer estructuras que permitan en esas aceras de menos de dos metros ubicar un puesto callejero y dejar paso al peatón. A 1,5 millones de peatones cada día. No dijo cómo serían esas estructuras

Hasbún fue más breve. Dijo que el presidente apoya a los alcaldes que quieren las calles libres. También les dijo que ellos tenían que pagar impuestos y que eso lo necesitaba el país y que ni modo, que se fueran haciendo a la idea de que tarde o temprano tendrían que moverse.

– Bueno, Vicente, entonces tras la marcha blanca y pacífica no obtuvieron un resultado satisfactorio – le digo.

– Es que a las cosas hay que buscarles la vuelta. Ahora, ya todo se calmó, y nos vieron en las dos facetas: encendidos y pacíficos. Pero además, vieron que se trata de un problema nacional. Marchó gente de todo el país.

– Pero si el mensaje al final fue que va a haber más desalojos, que el presidente apoya a los alcaldes.

– Mirá, te digo que hay que buscarle la vuelta a las cosas. Los desmadres que armamos en el Centro para saludar al alcalde Quijano fueron de 400, 200 vendedores. En la marcha pacífica fueron 8,000. ¿No te daría miedo a vos saber que si hacés otro desalojo pueden caerte 8,000 locos a visitarte?

– Pero si ibas rodeado de viejitas y niños.

– Ah, pero eso solo se trata de detalles. Bien podés mandar a dormir a las viejitas y llamar a otros elementos en sustitución. Al batallón de choque, a ese que cuando lo soltás no sabés qué va a pasar, porque si se enojan pueden armar la de Dios padre.

Nada más tras aquel último día cuando llovieron piedras en el Centro, la Policía arrestó a siete de los manifestantes y los acusa de ser miembros de la Mara Salvatrucha, una pandilla internacional calificada por el FBI estadounidense como la pandilla más “violenta del continente” y que según la misma dependencia, cuenta con cerca de 33,000 miembros solo en El Salvador.

Vicente y Pedro Julio lo tienen muy claro. Pueden hacer que la soga se estire, se ponga tensa, pero llega un momento en que hay que aflojar. Así llevan años, más de diez años, en un estira y afloja. Desalojos menores, protestas menores, desalojos mayores, protestas mayores, otros desalojos, lluvia de piedras.

Luego, cuando todo está calmado, cuando la Alcaldía capta el mensaje y la soga se relaja, viene la estrategia hormiga para recuperar lo que la Alcaldía cree recuperado.

– Acordate de la calle Arce, esa la desalojó Calderón Sol en 1993. Andá a echarle un vistazo ahora. Y también andá a pararte en una esquina del Parque Infantil y mirá el movimiento – recuerda Vicente.

Armando Calderón Sol fue alcalde de San Salvador entre 1988 y 1994, cuando fue electo presidente de El Salvador hasta 1999. Él también intentó desalojar a los vendedores informales del Centro de la capital.

Las hormigas

La imagen cambia. A veces se parece más a la fotografía publicada por los medios impresos luego del desalojo frente al Parque Infantil de 138 puestos. A veces, todo lo contrario. Todo esto se debe a las hormigas, así se llama en jerga del Centro a los carretoneros.

Son hombres y mujeres que arrastran una carretilla como las utilizadas en cualquier obra de construcción. Van pregonando sus tomates, bananos, pepinos, camisetas de a dos o hasta tres por un dólar y se mueven unos metros y se estacionan varios minutos.

En la fotografía publicada por los medios se ven las aceras libres, los 40 agentes del CAM vigilando y los barriles azules con sus palmeritas raquílicas. En la imagen en movimiento del día a día, a veces hay diez carretillas en medio de los agentes y de los barriles. Y, claro, hay menos agentes vigilando.

– Circule, por favor – pide uno de los agentes a las dos hormigas que se han estacionado con sus tomates y sus bananos en la calle recuperada.

Las hormigas no contestan. Siguen conversando entre ellas y gritando el grito chillón que recorre las calles del Centro.

– Circulen, por favor.

– Esperate un segundo, ya nos vamos a ir. ¡Qué jode este hombre!

Una hora después, las dos hormigas siguen ahí. El agente del CAM ya no, mejor se alejó.

Así, de a poco, pasito a pasito, los mismos vendedores que antes ocupaban esas calles con sus estructuras de metal oxidado vuelven en forma de ambulantes. Y cada vez ambulan menos. Y un día dejan de ambular y poco a poco van cambiando el carretón por la estructura a la que el tiempo tendrá que oxidar.

La Alcaldía calcula que hay unos 22,000 vendedores informales en el Centro, entre carretoneros y estacionarios.

Las hormigas componen el grueso de este exitoso movimiento social. Son las encargadas de repoblar zonas desalojadas, las encargadas de pagar las cuotas que sostienen a las asociaciones de informales y a sus líderes, las encargadas de ir a las protestas, a las pacíficas y a los saludos especiales, las que desatan las lluvias de piedras o marchan de blanco con sus hijos pequeños del brazo.

Doña Luz tiene 53 años y desde hace cuatro es una de esas hormigas. Procedente de San Miguel, donde su marido albañil murió de una bala en el pecho cuando lo asaltaron, ella decidió venir a la capital a sobrevivir. Fue mesera, cocinera, barrendera, cajera y habitante de varios bares del Centro –chupaderos se les llama en la jerga local a ese tipo de antros donde se toma hasta el desmayo al son de viejos boleros–. Así empezó a progresar hasta conseguir alquilar una pieza en un edificio a punto de derrumbarse en el Centro.

Fue ahí cuando una vecina le dijo que su madre había muerto y que ella estaba intentando vender, por 50 dólares, su puesto en una de las calles del Centro. Doña

Luz aceptó. Así, pensó, trabajo de día y de noche y hago algún dinerito. La idea que la palabra puesto le evocó era un poco más ambiciosa que lo que se encontró: un hueco en la acera, cerca del Teatro Nacional, con una silla de madera encadenada a una mesita de plástico, a una sombrilla enorme y a un canasto vacío, todo envuelto en un plástico negro y a su vez amarrado a un poste de luz eléctrica.

– ¿Y aquí qué vendo? – se preguntó Doña Luz.

No tardaron en explicarle que lo que ella vendería era lo que le cupiera en el canasto vacío. Si lo llenaba de tomates, de juguetes chinos, de películas piratas, de panes con frijoles o de carbón ya era su asunto. Eso sí, primero tenía que ir y presentarse ante los directivos de la asociación. Eso hizo y ellos le dijeron que bienvenida, que ellos eran sus directivos, los que organizaban en esa cuadra y que ahí había pocas, pero inviolables reglas:

Se paga la cuota semanal de 1.50 dólares a la directiva por gastos de asociatividad. Si no, tendremos que retirarle el espacio.

Se paga la membresía anual de 25 dólares también por asociatividad. Si no, tendremos que retirarle el espacio.

Es obligatorio asistir a las manifestaciones, marchas, protestas, caminatas, cierres de calle o como le quieran llamar cada vez que la directiva lo solicite. Ese día, el puesto no abre o le retiramos el espacio.

Bienvenida, Doña Luz.

Desde entonces, la señora marcha en las marchas cuando la convocan, las más tranquilas, como dice ella, las de viejitas y niños. Y ya no tiene un canasto sino tres y gana dos dólares cada día de la venta de tomates, pepinos, rábanos, pipianes, güisquiles y cebollas. Y con eso sobrevive porque ya no trabaja en los lupanares donde antes hacía de todo.

Ese es el grueso de los 22,000 vendedores del Centro, hormigas, aquellos a los que se les queda corta la definición de pequeños comerciantes; pequeñísimos, diminutos, ínfimos comerciantes. Sobrevivientes más bien.

Sin embargo, también están como me explicó el alcalde de San Salvador, Norman Quijano, aquellos que “son grandes comerciantes, solo que no pagan impuestos, porque ocupan la calle”.

Esta tarde, me he citado con un viejo conocido del Centro, un vendedor con cierto liderazgo en una asociación y con quien tengo plena confianza. Le llamaremos Negro.

Nos juntamos a un costado del Palacio Nacional, sobre la calle Rubén Darío, una de las más pobladas, una que ya por tramos de plano es un mercado sin espacio para que un bus se deslice despacio y curveando, como por un intestino indigestado.

Hemos acordado con Negro dar un paseo ilustrativo. Las asociaciones de vendedores del Centro son complejas, sus miembros son muy diferentes entre sí. Hay subgrupos a su interior, viejitas y montoneros, de ahí el éxito conseguido.

Nos internamos por los pasadizos del mercado callejero entre el zumbido constante del Centro y un olor dulzón, a fruta podrida, pero a una fruta que aún sin podrirse huele muy fuerte. Níspero podrido o sandía quizá. Y aceite, un poco de aceite de cocina quemado también.

El recorrido con Negro cumple con ser ilustrativo, pero poco sorprendente.

– ¿Ves a aquel viejo? – pregunta.

Un señor fornido y grande como armario vestido como un leñador, con camisa gruesa de botones y cuadros rojos y negros descarga unas cajas de un *pick up*, cajas con ropa que dos muchachos van colocando bajo una de las chabolas de metal.

– Bueno, pues ese maitro (señor) –continúa Negro– tiene 25 puestos en las calles del Centro. Incluso alquila una bodega donde guarda la mercadería que le traen de la frontera y cada día surte sus puestos en ese *pick up*. Él paga siete dólares diarios a los vendedores que tiene en cada puesto y ellos le entregan la ganancia de las ventas.

– ¿Y de esos hay muchos, Negro?

– Varios. Venite, te voy a enseñar a la doña de los comedores.

En la cuadra-mercado de la Rubén Darío hay un comedor pequeño, rústico, improvisado al borde de la calle, donde cinco personas comen carne, pollo o guisado con arroz, ensalada y tortillas. A dos dólares el plato. Incluye refresco de la casa. Atiende una señora de abundante pelo ensortijado, delantal y uñas pintadas con figuritas que no alcanzo a distinguir. Una típica vendedora de estas calles.

– Esa doña tiene como 15 comedores en las calles del Centro, sobre todo aquí por el predio, en la Rubén Darío y en la zona de El Calvario.

Están los que no son hormigas, los que prefieren pagar el impuesto de asociatividad a los líderes del Centro que el impuesto comercial a la Alcaldía, que puede ser hasta 20 veces mayor que el de las organizaciones de vendedores. Son de los más interesados en que nunca haya reordenamiento y los más dispuestos, dice Negro, a mandar a su gente cuando hay que “armar un gran despije (lío)”. Ellos y por supuesto los líderes como Vicente y Pedro Julio.

Las hormigas se oponen, pero el problema que arguyen podría solucionarse sin muchas matemáticas. Su argumento es que el salvadoreño no va a comprar, compra de paso. ¿Quién se va a meter en un mercado si puede bajar del bus y comprar los tomates que necesita o la ropa o el plato de comida y luego volver a subir en otro

autobús ahí mismo? ¿Quién va a entrar a los mercados si sigue habiendo vendedores en las calles? O todos en la cama o todos en el suelo, eso dicen. Sin embargo, como dice el alcalde Quijano, su problema es de 2 dólares de ganancias al día, y eso, con planes de atracción de compradores a los mercados y subsidios municipales se puede alcanzar. Lo de los 100 o 200 dólares diarios de ganancia que hace el viejo con camisa de leñador o la doña del pelo ensortijado es otro asunto. Eso sí es difícil de igualar si se les obliga a pagar el impuesto que les toca y si, como dice el alcalde “no se les da ningún subsidio, porque no lo necesitan, porque tienen los recursos para ser comerciantes formales y poner su negocio, pero no quieren renunciar a las ganancias que les da tener su almacén repartido por las calles”.

Las condiciones se dan para que este movimiento social triunfe y lleve triunfando 20 años. Hay líderes cuyo poder radica en que no se les termine su base social, que no la reordenen en mercados, porque en los mercados mandan los administradores, no los líderes de la calle. Hay dinero, porque hay comerciantes con ingresos para aportar con tal de que no los obliguen a retirarse de las aceras. Y hay hormigas, fáciles de movilizar, dispuestas a movilizarse en marabuntas si se los piden sus líderes o en procesiones pacíficas si es el método de turno. En el Salvador estos procesos son los exitosos. Dinero, poder de choque y multitud parece ser la fórmula de la exitosa protesta social.

Un funcionario de la Alcaldía que pidió omitir su nombre me había hecho una pregunta muy lógica que él mismo contestó:

– ¿Crees que para la marcha blanca que hicieron la señora que gana un dólar al día lo gastó en venir en bus de otro departamento o municipio para apoyar a sus amigos vendedores del Centro de San Salvador? No, imposible, no le alcanza para el bus de ida, el de vuelta y comer, sobre todo teniendo en cuenta que ese día no trabajó porque tuvo que marchar. Alguien alquila los buses que los traen, alguien les compra la comida. Ahora saca números, la marcha fue de unas 8,000 personas. Ese alguien o esos alguien no tienen poco dinero ni pocos intereses ni pocos amigos o conocidos en la política como para ser recibidos por un funcionario de la Presidencia.

Eso también, ese es el ingrediente que falta en la protesta exitosa de los vendedores, en su lucha de calle bien retribuida: los contactos políticos. Para muestra dos botones: Pedro Julio es asesor en temas de derechos de autor de Rodolfo Parker, líder del Partido Demócrata Cristiano (PDC) de El Salvador, diputado y muchas veces la llave para desentramar las negociaciones entre las dos bancadas más grandes de diputados. Vale la pena recalcar: Pedro Julio, el vendedor de películas piratas, es asesor en temas de derechos de autor de un jefe de bancada legislativa del país. Vicente ha sido también asesor del PDC y de ARENA, el partido de derecha que durante 20 años, hasta el 2009, gobernó el país. No es raro verlos sentados con algunos de los más influyentes políticos salvadoreños.

La fórmula se repite en otras organizaciones sociales que utilizan la protesta callejera como método de solución de conflictos. Las organizaciones y gremiales de transportistas públicos, por ejemplo, cuentan con un diputado dueño de autobuses como representante en la Asamblea Legislativa. Han sido capaces de obligar a los legisladores a crear una ley para que su aumento del pasaje fuera legal y no ilegal como venía siendo desde que lo instauraron a pesar de la negativa del Gobierno.

Cuando el Gobierno, en 2006, intentó suplir la carencia de transporte público generada por los paros de estas gremiales, y contrató a empresarios privados para que cubrieran las rutas, le fue imposible. Los motoristas asociados cerraron las calles y no fueron pocas las unidades alternativas que quemaron y no fueron pocos los conductores suplentes que atizaron.

Dinero, poder de choque, amplia base social y contactos políticos.

Quienes mejor saben que esa es la fórmula son quizá los que no la alcanzan.

El teléfono lo contesta Efraín Fuentes, un hombre recio y de bigote poblado. Durante la guerra civil salvadoreña, que duró de 1980 a 1992, una esquirla de granada, una M67 como la que rodó en el CAM, se le incrustó en la pierna, y el Ejército tuvo que darlo de baja. Camina con dificultad. Es el presidente de la Asociación de Lisiados de la Fuerza Armada de El Salvador (ALFAES).

Son, de lejos, el movimiento social que más ha realizado protestas de calle desde 2006 hasta principios de este año. Han realizado dos marchas mensuales. Marchas de entre 200 y 300 lisiados de guerra que exigen sus indemnizaciones de 90 dólares al mes, que piden que no se las rebajen, que les den seguridad social. En fin, garantías para no morir de hambre luego de haber sobrevivido a la guerra.

A veces, iban semidesnudos, en calzoncillos, para mostrar los desperfectos que la guerra les heredó y para que no los acusaran bajo la ley de terrorismo, pues era evidente que no iban armados. A veces, hacían la marcha de los colgados, y caminaban con sogas de 15 metros amarradas al cuello para colgarse en el árbol de hule que está fuera de la Asamblea Legislativa. Lo hicieron tres veces cada semana hasta que el árbol fue talado. Algunos compañeros, dice Efraín, que se tomaban muy en serio la acción, se colgaban sin calcular que las puntas de sus pies tocaran el suelo. Casi se ahorcaban. A veces cargaban cruces metálicas de cinco metros que representaban el calvario del desamparo que vivían. Otras veces se pintaban cruces rojas en el pecho, por la sangre que derramaron cuando fueron lesionados o mutilados en el conflicto armado. O si no, iban encadenados, como esclavos, para simbolizar su condena. O se metían en ataúdes de cartón, se crucificaron frente al recinto de una cumbre de presidentes centroamericanos en 2006, se encerraron en Catedral. En fin, han hecho de todo. Son ya unos expertos en protestar y cada vez les cuesta más inventarse nuevos mecanismos. Claro, se agotan.

ALFAES empezó en 1993 sus acciones y aún ahora, tras 16 años de dos protestas mensuales e incluso, por períodos, 12 al mes, tienen una larga lista de demandas incumplidas.

Como dice Efraín, ha sido una lucha larga y difícil que en algún momento, cuando un político se interesó, consiguió reformas a la ley de lisiados, como les ocurrió en 2006. Otras veces, cuando no hay un contacto allá arriba no hay manera de ser escuchados y lejos de aumentarles la pensión de 90 dólares les ha ocurrido, como con el anterior presidente Antonio Saca, que les bajaran a 70 dólares y tuvieran que ir a colgarse, desnudarse, pintarse, crucificarse o encadenarse para que les devolvieran lo que ya antes habían ganado.

Efraín incluso reduce la fórmula de éxito de los vendedores o de los transportistas, le quita el contacto político y le agrega a la parte de fuerza. Aunque ese no sea su estilo, por momentos lo ha tenido que ser. “Lo acelera todo”, dice.

Entre 1994 y 1995 se tomaron el Estado Mayor Militar tres veces. Hubo tres muertos en aquellos enfrentamientos de soldados contra soldados. Querían la creación de un fondo de pensiones para ellos los lisiados. No tuvieron que esperar 16 años. Aquel mismo año se creó. Claro, hubo tres muertos. “Presionábamos fuerte”, recuerda.

El pronóstico del tiempo

El alcalde Norman Quijano no tiene ninguna duda, dice que es “irreversible”. Es el tercer alcalde de la capital que me dice lo mismo. Dice que están ofreciendo alternativas novedosas. Es el tercer alcalde que me dice lo mismo. Uno, el que gobernó entre 2003 y 2006, se llama Carlos Rivas Zamora, y tuvo la idea más novedosa. Eran unos edificios con tres tipos de uso: abajo, parqueo; en medio, mercado; y arriba, viviendas. Los bautizó como edificios multirespuesta. Nunca los construyó. Es más, ni siquiera lo intentó. En el Centro, los vendedores pedían, no sin sorna, diferentes usos para el techo. Unos proponían piscina; otros, jardín; y algunos, cervecería. Norman Quijano es el tercer alcalde que me dice lo mismo, que está convencido de que con firmeza y diálogo va a recuperar el Centro Histórico de San Salvador.

– Los desalojos continuarán, solo estamos viendo la manera, pero el plan es irreversible – asegura.

– ¿No le teme a la respuesta de las asociaciones de vendedores?

– Te diré algo, sí, sí le temo. Le temo a que destruyan propiedad privada o dañen a los peatones. Sí. Pero como alcalde tengo que hacerlo.

Vicente Ramírez no contesta el teléfono. Le he marcado cinco veces y nada. Quería comentarle lo que las autoridades aseguran, decirle que una vez más se muestran firmes y prometen no cejar hasta que en las aceras solo deambulen peatones.

Lo agradable del cuartel del CAM, donde estalló la granada, es que las esperas son refrescantes. Hay un árbol de mango que da sombra y una tiendita donde comprar algún refresco y charlar con la señora que atiende, una eminencia por estos lares, la Doña del CAM. Tiene 68 años y 20 de regentar ese puesto que está dentro de las instalaciones, justo a la par del portón y el cuarto de control de ingresos. Es una especie de madrina de los agentes, a los que les conoce vida y obra.

Le comento que espero al director Gilbert Cáceres, para hablar sobre las protestas de los vendedores informales del Centro.

– ¡Ja! Esos pícaros. Cuántas veces no me he tenido que meter ahí.

Lo que la Doña del CAM señala con el dedo es un hueco techado, pero con techo de cemento, que hace de resguardo entre la tiendita de lámina y la caseta de control.

– Ya no me asusto, porque estoy acostumbrada y no me muevo. Solo que hay que estar quieta mientras apedrean.

En el CAM se guarda la mercadería decomisada durante los desalojos. Hasta ahí marchan los vendedores en el momento más caliente, justo después del decomiso, cuando ya han podido hablar con sus líderes que movilizan a los asociados.

– Mire, si a veces han tenido que sacar las piedras en *pick up*, con la cama rellena de piedras, porque todo este parqueo que usted ve está alfombrado. Traen mazos y piochas para picar la calle y la acera de allá afuera y así sacar piedras.

Será el punto exacto de San Salvador donde más han llovido piedras, justo este parqueo.

– ¿Si me acuerdo cuántas veces han llovido piedras aquí? Huuuuu, no, imposible, ya perdí la cuenta – dice la doña.

Gilbert Cáceres es un ex militar. Combatió en la guerra y luego fue el director de Centros Penales de El Salvador, el país más violento de América Latina por índice de homicidios. Como reza el dicho, viene de donde asustan. Sin embargo, conserva la calma y las maneras y dice que el diálogo es lo más importante.

– Esa es la clave, charlar con los líderes, hacerles entender que es necesario reordenar, que a ellos les conviene meterse en mercados. Diálogo, esa es la clave, y tenemos un buen diálogo.

– Pero, director, si le han lanzado una granada y le han montado un desbarajuste de los grandes el mes pasado.

– Claro, y nosotros continuamos el diálogo, en esas andamos, creando un buen ambiente con los líderes.

– Tanto Pedro Julio como Vicente dicen que usted es un terrorista y durante el último desalojo un vendedor lo amenazó de muerte.

– Eso es muy raro, la gente que dice cosas a espaldas de uno, y otras cosas en la cara. Es muy raro. Continuaremos con el diálogo, porque las reubicaciones de puestos continuarán. Se viene en la calle Arce un desalojo.

Todo apunta a que se reanudará el ciclo de saludos. Es una espiral constante. A veces, cuando liberan una calle, la Arce digamos, las hormigas ya recuperaron el Parque Infantil, y mientras los intentan sacar, otros se han reinstalado en la zona de hospitales. Un nunca acabar.

Vicente sigue sin contestar. Me acerco a la zona de la iglesia El Calvario y no lo encuentro ni en su puesto ni en el de don Lupe, donde suele estar muchas veces. El mismo olor dulzón y la banda sonora interminable lo inundan todo.

La oficina de Gersan Pérez, el jefe policial de la Delegación Centro, tiene un mapa. Es un mapa de San Salvador y dentro tiene circulitos. Los circulitos son menos cuando más cerca está el margen del mapa y más cuando se acercan al centro, hasta que llegan al verdadero Centro capitalino y unos circulitos se suben en otros porque no caben. Y es que de los 300 homicidios que se cometieron el año pasado en la capital, 180 ocurrieron en estas 60 cuadras que forman el Centro. Cada circulito es un homicidio.

– Es que el problema de las ventas ambulantes es que generan el espacio perfecto para delinquir – dice Pérez.

En enero y febrero de este año hicieron un operativo policial con un nombre muy atinado para el Centro: canasto por canasto. Cerraban una calle repleta de ventas callejeras y revisaban canasto por canasto, entre los tomates, los pepinos, las cebollas y las películas piratas. No decomisaban mercadería. Buscaban otras cosas y las encontraron: 76 armas de fuego decomisadas entre los dos meses y 20,000 canastos revisados del operativo.

– Y no estoy acusando a los vendedores, porque a veces encontrabas una pistola entre los diez tomates de una viejita que solo eso tenía. La mayor parte de armas son de pandilleros que operan en la zona y obligan a estas vendedoras a que se las escondan, para no portarlas si los revisamos. Claro, alguna que otra de las encontradas sí que eran de vendedores que están preparados para cualquier cosa.

Según Pérez, el problema de estas protestas callejeras no es que tiren piedras o reclamen con ahínco. El problema, según él, es que detrás hay intereses mayores que manipulan a esos vendedores, a las hormigas, que terminan pagando cuota y sirviendo de títeres cada vez que quieren lo titiriteros.

– Son tontos útiles. Claro, si alguien tira una piedra, todos tiran una piedra, pero son tontos útiles para pandilleros y líderes de esas asociaciones que viven de esto. Muchos de esos vendedores tienen que pagar renta a los pandilleros que los amenazan si no pagan una cuota semanal. Claro que a ellos no les interesa que se reubiquen las ventas informales, porque no tendrían a miles de pequeños comerciantes a los que cobrar.

Ya me lo había dicho Negro durante aquel paseo ilustrativo. Desde hace dos años, la Mara Salvatrucha y la pandilla 18 se han apoderado de casi todas las calles del Centro. El grupo de la mara que opera en esta zona, la clicca le llaman ellos, tiene 200 miembros según la Policía. De ser así, la Centrales Locos Salvatruchos, como se hacen llamar, sería una de las mayores cliccas del país. Tiene lógica, hasta 2005 las pandillas no operaban en el Centro, las mismas asociaciones de vendedores se encargaban de detectarlos y largarlos de estas calles. No es extraña la lógica de la Policía, que reza que los líderes de la pandilla crearon una clicca enorme para conseguir el dominio del Centro.

Las rentas para los vendedores informales van desde los tres dólares semanales hasta los 50. Depende, una tomatera no vende lo mismo que aquel viejo con camisa de leñador.

Según Pérez, esto puede ser un problema o un aliciente para reordenar el Centro. Problema porque parte de la amenaza de los pandilleros se basa en conocer bien a sus víctimas. Dónde viven, quiénes son su familia. Su amenaza implica que si el vendedor, si la vendedora abandona su puesto para irse a una acera donde nadie le cobre renta, la irán a buscar. Unas 15 granadas M-67 han estallado en zonas de ventas callejeras del Centro en lo que va de año. Y aliciente porque, según Pérez, la única salida viable para muchos vendedores es que los reubiquen. Claro, si llega el CAM y los quita, ya no puede argumentar el pandillero que esa persona se fue por su voluntad.

– Es que un movimiento social es complejo, depende de su entorno, de sus líderes. Los líderes de vendedores son los líderes plenos de sus organizaciones. Lo son, porque ellos los guían y los demás hacen caso. Lo que hay que preguntarse es para qué utilizan ese liderazgo. ¿Para lucrarse? ¿Para defender a sus seguidores? Claro que ellos no aparecen tirando piedras en las manifestaciones, pero saben a quiénes traen y qué va a pasar si los traen.

A la salida de la oficina de Pérez hay una cartelera, un corcho rectangular sobre el que cuelgan recortes de prensa. El centro de la cartelera lo ocupan dos recortes de los dos principales diarios impresos salvadoreños. El primer titular reza, en enormes letras rojas: Desórdenes. El segundo, en letras negras menos grandes, dice: “Anarquía en el Centro de la capital”. Debajo de ambos, las fotografías muestran a encapuchados que atacan un carro de la televisión, a peatones que lloran del susto, a unos policías que someten en el suelo a un hombre, a varios hombres y mujeres que lanzan piedras. Son recortes de diarios que salieron la mañana siguiente del día en que los vendedores fueron a devolver el saludo al alcalde Quijano.

Al fin, Vicente contesta el teléfono.

– ¿Qué pasó, hombre?

Le pregunto si podemos vernos, pero no está cerca, sigue en una reunión que está por terminar.

– Estamos reunidos todos los líderes de la Coordinadora Nacional de Vendedores. Estamos hablando de que quieren desalojar a más compañeros sin aceptar nuestra propuesta de negociaciones.

Al parecer, aquello que quería contarle ya llegó a sus oídos. El alcalde Quijano promete continuar con su plan. De hecho, asegura que la próxima calle sin ventas será la Arce. Dice que no es viable esa extraña fórmula que propuso Pedro Julio: ser reubicados pero en los mismos lugares donde están. Más bien sería reacomodados. Es decir, siempre en la acera, en puestos construidos por la Alcaldía. Ç

– Y yo te lo digo, hermano, el alcalde quiere despertar al monstruo dormido y lo va a lograr.

Vicente suena animado, como si acabara de dar un discurso muy aplaudido. Eleva la voz para ser escuchado y a su alrededor resuenan murmullos.

– Y te digo que ya lo hemos decidido: si quieren un desvergue serio para ver que no estamos bromeando, pues lo van a tener. Un saludo efusivo y multitudinario.

El pronóstico es contundente. Pronto lloverá.

San Salvador, 31 de agosto de 2010